

III

Después de ocurrido lo del río, lady Wondershoot, sobre los castigos y ayunos que impuso al gigante, expidió un *úkase* á su mayordomo, pero de una manera tan brusca, que hizo botar á este como una pelota. Estaba el buen hombre quitando el servicio del té, cuando la señora, desde la ventana en que acostumbraba á dar de comer á los pavos reales, le dijo con su tono de voz más imperioso:

—Jobbet: á *ese* hay que hacerle trabajar; que se gane la vida.

Y supo convencer, no á Jobbet, que lo estaba ya, sino al pueblo entero y al mismo Caddles, que aquello, como todo cuanto ella ordenaba, tenía que hacerse infaliblemente.

—Es preciso tenerlo ocupado—dijo la dama;—sí, le conviene la ocupación á ese señorito, á ese rapazuelo.

—Cierto, indiscutible y debe convencer á toda la humanidad — replicó el vicario. — Trabajo sencillo; el curso natural y modesto de la siembra y de la recolección.

—Así es — exclamó lady Wondershoot, — y es lo que digo á toda hora. El demonio está siempre con el que tiene las manos ociosas, si éste pertenece á las clases obreras, y, fundados en tal principio, educamos á los mozos que nos han de servir. Ahora bien ¿en qué podríamos emplearlo?

En aquello estribaba la dificultad. Pensáronlo mucho tiempo, y para que entre tanto no estuviera ocioso, lo emplearon en la conducción del correo, de modo que cuando había algo especial que comunicar con urgencia, allá iba Caddles. También lo empleaban en transportar cajones, equipajes, etcétera, por medio de una red grande que encontraron, apropósito para él. El niño gozaba, al parecer, con el trabajo que consideraba como una diversión. Kinkle, el administrador de lady Wondershoot, al verle un día transportar grandes pedruscos á la gruta de su señora, se le ocurrió la gran idea de enviarlo á trabajar á la cantera de Thursley Hanger cerca de Hickleybrow, perteneciente á la casa. La idea fué llevada inmediatamente á la práctica y con ello pareció resuelto en definitiva el problema de la ocupación del niño. Este trabajaba en un principio en la cantera como por juego, y después como por costumbre; arrancaba las piedras, cargaba las vagonetas y tiraba de ellas, llevándolas llenas hasta el tope y volviéndolas vacías.

Llegó á quedarse solo en el trabajo de la can-

tera, y me dijeron que Kinkle había adquirido con él una ganga para la señora, á la que no hacía otro gasto que el de la comida, lo cual no impedía que trataran al infeliz como un parásito gigantesco que vivía de la caridad de la dama. Reducíase por entonces su ropa á una blusa de arpillera, pantalones burdos remendados y zuecos. Cuando llevaba cubierta la cabeza, que era muy rara vez, se ponía en ella una especie de cesto de paja parecido á la tapa de una colmena.

Caddles trabajaba en el fondo de la cantera con gran seriedad, y cuando el vicario llegaba hasta allí en sus paseos higiénicos, solía encontrarlo saboreando el miserable alimento que le otorgaba la gran señora. Todos los días le llevaban el rancho; una vagoneta de grano y de semillas sin mondar, vagoneta pequeña de ferrocarril semejante á las que él llenaba continuamente de cal. Dicha ración la acarreaba hasta un viejo horno de cal, donde la devoraba. este alimento lo mezclaba en ocasiones con un talego de azúcar. A veces, se le veía chupar un pedazo de sal como los que se dan á las vacas, ó comerse, con hueso y todo, un gran montón de dátiles.

Para saciar la sed, se iba á un arroyuelo más allá del sitio donde había estado la granja experimental de Hickleybrow en la que bebía directamente echado de bruces.

Este modo de beber del niño, produjo sus na-

turales y lógicas consecuencias: una vez desprendióse de la boca del gigante un poco de alimento de los dioses, que hizo desarrollar extraordinariamente algunas plantas que crecían á la orilla del río; luego, grandísimas ranas, enormes truchas y carpas; y, por fin, una exuberante vegetación que cubrió todo aquel vallecito.

Al cabo de un año, empezaron á crecer de tal modo los gorgojos monstruos del campo de enfrente del herrero, convirtiéndose en terroríficos saltadores y moscones, á los cuales los chicos llamaban de *motor*, que obligaron á salir fuera de aquellos lugares á lady Wondershoot.

IV

Pero pronto iba á entrar el alimento en una nueva fase de actividad para el muchacho, pues á pesar de la muy sencilla instrucción que le daba el vicario, instrucción que tendía á redondear la vida modesta y natural de un campesino gigante, el chico empezó á hacer preguntas queriendo investigar el por qué de las cosas... Es decir, que empezó á pensar. Era evidente que al pasar de la infancia á la adolescencia, su espíritu tuvo procedimientos propios y fuera del alcance del vicario, el cual creyó conveniente ignorar este aflictivo fenómeno, aunque no dejaba de sentir su existencia.

Materia más que sobrada para hacer reflexionar al gigante rodeaba á éste por todos lados. Involuntariamente, con tan inmensos horizontes y pudiendo dominar todas las cosas, tenía que ver muchísimo de la vida de los hombres; y cuando vió que él también, á pesar de su exagerado tamaño, era un ser humano, comprendió de cuántas cosas le privaba su tristísima condición: el bullicio de la escuela; los misterios de la religión á que asistían todos tan compuestos, y que exhalaban tan dulces melodías; los cantos y coros alegres que llegaban á él desde la taberna; las habitaciones

resplandecientes de luz y de fuego que distinguía desde su obscuridad, y los gritos de excitación de los mozos que en trajes de franela se dedicaban al sport del *cricket* en el ancho prado y que él no comprendía aún del todo, le hablaban á gritos en lo más íntimo de su corazón ansioso de compañía.

Según iba convirtiéndose en adolescente tomaba un interés vivísimo en los procedimientos de los enamorados, en aquellas preferencias, aquel apareamiento y aquellas intimidades que son tan esenciales en la vida. Un domingo, á la hora en que salen las estrellas y los murciélagos, y los amores rurales, vió á una parejita enamorada en el *Sendero del Amor*, camino que está cerrado por una gruesa valla que termina en Upper Lodge. Los amantes daban rienda suelta á sus emociones, completamente seguros en aquella semi-obscuridad crepuscular, pues cualquiera que pudiera interrumpirlos tenía que ser visto por ellos al subir el camino, y la valla, de doce pies de altura, parecía garantizarlos completamente contra la indiscreción. Pero, de repente, sin saber cómo, fueron levantados y separados con una fuerza increíble; y se volvieron á ver levantados en alto, sostenidos por un pulgar y un índice cada uno, y con los ojos castaños y perplejos del joven Caddles fijos en sus caras rojas y ardientes... Quedáronse, como es natural, mudos ante lo extraño de su situación.

—¿Por qué les gusta á ustedes estar tan solos? — preguntó Caddles.

Supongo que tan embarazosa situación seguiría hasta que el novio, recordando que era hombre, empezó á gritar, amenazar y blasfemar varonilmente, como las circunstancias lo exigían, conminando con graves castigos si no se les dejaba en el suelo en seguida. Con lo cual el joven Caddles, recordando sus modales, los puso con la mayor cortesía y cuidado en tierra, convenientemente cerca para que pudieran reanudar sus coloquios; y después de vacilar un poco, desapareció de nuevo en la penumbra...

—Puede usted figurarse nuestra situación — me dijo después el desdichado novio: — no nos atrevíamos á mirarnos á la cara; yo, especialmente hacía una figura muy triste... Pero lo más extraño fué que mi novia me echó á mí la culpa, me insultó, y no volvió á hablarme más.

El gigante se propuso seguir investigando, indudablemente, aguijoneado por el espíritu; preguntaba pocas veces, y cuando lo hacía, no era sin turbarse ó sin parecer cortado. Como es natural, sobre quien descargaba él chaparrón de preguntas era sobre su madre.

El muchacho entraba por el corral que estaba detrás de la choza que habitaban sus padres, y después de reconocer bien el terreno por si había gallinas ó pollos, se sentaba reclinándose en el

pajar; los pollos, que ya lo conocían, se le subían encima al momento para picotearle en la ropa la cal que llevaba en las costuras.

Cuando el tiempo amenazaba lluvia, el gatito de la señora Caddles, que jamás perdió la confianza que había depositado en el gigante, encorbaba su cuerpo, entraba escapado en la choza, y se dejaba caer desde la ventana de la cocina para subírsele por las piernas hasta encaramársele en los hombros: allí se detenía un momento, se bajaba, se le volvía á subir, y así sucesivamente. En ocasiones, tan alegre se ponía, que le clavaba las uñas en la cara, pero el niño no se atrevía á tocarlo por miedo de estropear con sus manazas al animalejo, y porque al gigante le gustaba, además, que le hicieran cosquillas.

Luego empezaba á hacer preguntas á su madre y la decía:

—Madre, si es tan bueno trabajar, ¿por qué no trabajan todos?

Su madre le miraba y respondía:

—Es bueno trabajar para gentes como nosotros.

El chico meditaba un rato y volvía á decir:

—¿Y por qué?

Y al no recibir contestación, proseguía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué he de estar yo sacando cal, un día tras otro, y usted lavando, mientras lady Wondershoot va en coche y viaja por los hermosos países del extran-

jero que usted y yo, madre, no hemos de ver jamás?

—Porque ella es una señora — contestaba la Caddles.

—¡Ah! — decía entonces el muchacho.

Y se quedaba profundamente pensativo, con los ojos fijos en algo.

—Si no hubiera gente rica que proporcionara trabajo, ¿cómo íbamos á mantenernos los pobres? —decía la madre.

Esto necesitaba tiempo para que lo pudiese digerir el muchacho.

Luego, volvía á la carga, diciendo:

—Madre, si no hubiera gente rica, ¿no perderían todas las cosas á gentes como nosotros?... Y si eso fuera...

—¡Dios nos ampare! ¡Diablo de chico! — murmuraba entonces la madre, que desde la muerte de la vieja Skinner había adquirido individualidad propia y vigorosa. — Desde que tu pobre abuelita murió, no hay quien te sujete. Haz menos preguntas y así te mentirán menos. Si yo te contestara con seriedad, tu padre podría ir por ahí mendigando la cena y yo dejar tranquilo el lavado.

—Está bien, madre — solía replicar Caddles después de mirar con sorpresa á su madre. — No lo hago por molestarla...

Y se marchaba muy pensativo.

Caddles seguía pensando aún cuatro años más tarde, cuando el vicario, no ya maduro, sino pasado, le vió por última vez.

Debe el lector figurarse al anciano algo más viejo, flojo de cintura y más apelmazado y debilitado en sus pensamientos y discursos; lo único que en él permanecía brillante, eran los ojos, especialmente cuando veían todo el trastorno que había producido el alimento de los dioses en su persona. Es verdad que la substancia le había asustado y molestado á veces; pero ¿no seguía, á pesar de ella, vivo y sano?

¡Al cabo de quince años, se había convertido el trastorno en una costumbre más!

—Admito que sea un trastorno — decía el buen hombre, — y convengo en que las cosas son diferentes... en varios sentidos. ¡Hubo época en que un muchacho podía ir á escardar; hoy tiene que hacerlo un hombre con sierra y palancas de hierro, en algunas partes de la espesura. Y nos resulta extraño á los viejos acostumbrados á lo

antiguo, que lo que en este vallecito, aun hasta en la parte del río, antes de regar era trigo bajo, como lo es este año, alcance hoy ocho metros de altura. Hace veinte años se usaba la anticuada hoz para segar, y se traía toda la cosecha en una carreta, tan satisfechos y contentos todos de que la fiesta terminase en un poco de borrachera y otro poco de amoríos... ¡Pero lady Wondershoot, qué poco le gustaban á ella las innovaciones! ¡Era tan conservadora la buena señora! Siempre dije que había cierto dejo del siglo XVIII en su persona. Hasta en su lenguaje era vigorosa y ruda. Murió relativamente pobre. ¡Hierbas enormes penetraron en su jardín! No era aficionada á la jardinería pero quería que su jardín estuviera en orden perfecto y que las plantas crecieran en el sitio en que habían sido sembradas, y según sus órdenes y bajo severa disciplina. La manera de crecer las cosas fué inesperada y le trastornó las ideas... No podía soportar la continua invasión del niño monstruo, hasta que, por fin, concibió la manía de que éste la miraba continuamente por encima de las vallas... No pudo tolerar que el gigante fuera tan alto como su casa... ¡Esto se oponía á sus ideas sobre la proporción! ¡Pobre señora!... Yo esperaba que viviera más. Pero precipitaron su muerte los enormes saltadores que nos invadieron durante un año ó más. Estos animales procedían de las larvas gigantesas, seres repugnantes, gran-

des como ratas, que salieron del césped del valle... Pero también las hormigas monstruos contribuyeron á ello.

«—Desde que todo está trastornado — me decía la pobre señora, — desde que en ninguna parte hay tranquilidad ni sosiego, lo mismo puedo estar en Monte-Carlo que en otra parte cualquiera del mundo».

Y allá se fué la buena señora. Me dijeron que jugó con mucho atrevimiento y murió en el hotel, allí mismo. ¡Qué fin tan triste! Primero, el destierro; luego, no hallar una muerte digna de ella! ¡Y eso que le había correspondido, por ley natural, dirigir un pueblo inglés!... ¡Desarraigada, arrancada de su casa solariega!... ¡Pobre señora!

—Después de todo — proseguía el vicario, — la cosa no tiene importancia, aunque sea molesta. Los niños ya no pueden estar solos, ni correr en libertad, por temor á las picaduras de las hormigas y demás insectos. Acaso sea esto conveniente... ¡Se habló mucho, como si la substancia esa fuera á revolucionar el mundo! ... Sin embargo, hay algo que se resiste á todas las fuerzas de este alimento... Es decir, yo no lo sé. No pertenezco á esos modernos filósofos que quieren explicarlo todo con éter y átomos. ¡Evolución! ¿Habrá sin leza mayor?... Lo que yo quiero decir es algo que no está incluido en ninguna de las ciencias terminadas en *ología*. Es materia de razón, de entendi-

miento maduro y reflexivo, y no de percepción inmediata; es algo de la naturaleza humana; algo, sin embargo, constante, perenne, eterno, llámese como se quiera.

Y discurriendo así fué como el vicario llegó á ver por última vez al gigante.

El vicario no tuvo aviso de que el monstruo se le acercaba. Dió su paseo acostumbrado hacia Farthing Down, lo cual había hecho año tras año, subiendo al sitio donde acostumbraba á observar al joven Caddles. Subió por el borde de la cantera con alguna dificultad; había perdido el hombre su paso firme y cristiano de antiguos tiempos... Pero Caddles no estaba trabajando. Y al apartar el vicario los helechos gigantes que empezaban á obscurecer y obstruir la entrada de la cantera, vió la inmensa figura del monstruo, sentada en la colina, reflexionando, tal vez, acerca del mundo. Con las piernas encogidas, apoyaba los codos en las rodillas y la cabeza algo escorzada, en las manos. El vicario no podía ver sus grandes ojos perplejos por hallarse á espaldas de aquel. Su meditación debía de ser intensamente profunda, por cuanto no se movía. Ni volvió la cabeza, ni supo que el vicario, que tan importante papel había jugado en su vida, hubiera mirado por última vez. ¡En este mundo en que vivimos se verifican así muchas separaciones!

Se le ocurrió entonces al vicario que no había

nadie en el mundo que tuviera la idea más remota de lo que el enorme monstruo pensaba cuando le parecía bien descansar de su trabajo... Pero ya era harto indolente para enfrascarse aquel día en tema tan nuevo, y desde las alturas de aquella idea, cayó en sus antiguas y hondas reflexiones.

—*Aere perennius* — murmuró, regresando despacio á su casa por un sendero torcido que rodeaba el prado para evitar las ramas colosales que salían de él.

—No ha cambiado nada; las dimensiones no son nada... La curva sencilla; el camino ordinario.

Y aquella misma noche, sin dolor y sin que él mismo lo supiera, se fué por el camino ordinario y salió de aquel misterio de transformación que se empeñó en negar mientras tuvo vida. Fué enterrado en el cementerio de Cheasing Eybright junto á un tejo, junto al árbol más corpulento que había allí, y la modesta lápida que cubrió su sepultura y cuyo epitafio terminaba en *Ut in Principio, nunc est et semper*, quedó oculta, en el momento casi por una masa de hierba de espiga gris, harto generosa para la hoz y para las ovejas, hierba que, á modo de niebla, iba cubriendo el pueblo según iba brotando de la humedad fecunda de los prados en que había estado en actividad el alimento de los dioses.